



Fotos: Federico Ortegón. Serie *Retratos*

99%

Andrés García Londoño

En un mundo de espejos, apariencias y brillos fugaces, no deja de ser sorprendente encontrar una página en Internet donde se ve por fin algo de la realidad, no de lo que quisiéramos que ésta fuera. Una página que merecería una ampliación para reflejar no sólo la realidad de Estados Unidos, sino del mundo entero, y no estar sólo en inglés, sino en la cacofonía babélica que caracteriza a nuestro mundo. Pero incluso tal como está es impresionante. Se trata del blog “Somos el 99%” (<http://wearethe99percent.tumblr.com/>).

La diagramación no podría ser más sencilla. Una foto tras otra de personas sosteniendo una página donde han escrito su propia historia. Fila tras fila de

seres humanos, con su biografía reducida a una página. Son, literalmente, miles de historias. Hallamos allí desde adolescentes (“Tengo 15 años. He estado viviendo en la calle. Mi madre está sola y tiene un trabajo, pero aun así no gana suficiente para mantenernos a mí y a mi hermano discapacitado. Soy el 99%”), hasta profesionales (“Tengo 42 años con un postgrado. Soy una de las afortunadas. Tengo tres empleos. Soy profesora, intérprete y enseño braille. Trabajo tanto como puedo, porque soy el único sostén de mi casa y la única con seguro de salud. Vivimos quincena a quincena. Soy afortunada, pero aun así soy parte del 99%”), desempleados (“Tengo 22 años. Mi esposo se parte el culo todos los días en el trabajo, pero yo aún no puedo encontrar trabajo. Me he mudado a 600 kilómetros porque tiene miedo de dejarme

dormir en el carro con él. Él lo dio todo para que yo pudiera tener un lugar seguro para dormir en la noche y ahora yo no puedo estar a su lado para apoyarlo. Todos los días temo recibir una llamada telefónica que me diga que se ha herido. Ésta no es manera de vivir y estoy comenzando a preguntarme si realmente quiero empezar una familia en un mundo como éste. Somos el 99%”), desengañados (“Fui a la escuela a perseguir mis sueños. Ahora tengo una deuda de diez mil dólares y un pregrado, y no puedo encontrar trabajo. De nuevo dependo financieramente de mis padres que luchan cada día. Me siento un fracaso. Odio ver cómo mis talentos se van a la basura. Soy el 99%”) y veteranos (“Poseo una casa. Tengo una entrada regular. Soy un veterano de guerra. Fui a Iraq tres veces. Mis amigos murieron allá. Desde que

Rector:
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general:
Martiniano Jaime Contreras
Secretario general:
Luquegi Gil Neira
Director:
Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Janeth Posada Franco
Diseñadora:
Alejandra Higueta

Auxiliar administrativa:
Ana Fernanda Durango Burgos
Corrector:
Diego García Sierra

Comité editorial:
Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández, Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego, César Ospina, Margarita Gaviria, Luz María Restrepo, Alonso Sepúlveda, Nora Eugenia Restrepo, Carlos Vásquez.

volví a casa no llamaría a lo que tengo una vida, sino meramente una existencia. Yo había pensado que cuando regresara a casa la guerra se acabaría, pero hay algunos infiernos de los cuales uno no puede escapar. Desde que regresé, me he intentado suicidar tres veces, he estado hospitalizado seis y fui expulsado del Ejército. Cada día es una lucha para pagar mis cuentas y lidiar con mi desorden de estrés post-traumático. No tengo familia, ni hijos. Algunas veces me pregunto si tendré alguna vez una vida normal o si siquiera soy todavía un ser humano. La Asociación de Veteranos trata de ayudar, pero el sistema está sobrecargado. Cada día es una lucha, pero lo he conseguido hasta hoy. Dios me ayude a lograrlo por otro día. ¡Dios nos ayude a todos! Soy el 99%”).

Miles de historias que, más que describir la realidad de Estados Unidos, describen la experiencia del mundo para el 99% de las personas que lo habitan. Miles de historias que pretenden establecer un punto común: la sociedad que hemos construido no puede seguir tal como está. Por eso, es todo menos una página web apolítica. Surgió a partir del movimiento Occupy Wall Street (al cual ahora, muy acertadamente, han comenzado a llamar Occupy Everywhere), que a su vez se inspiró en el mo-

vimiento español de los indignados, que a su vez tomó fuerzas de la primavera árabe, que a su vez se nutrió de los movimientos de protesta en los Balcanes y los países eslavos. Y si es una protesta con raíces que saltan de un país al otro, es precisamente porque la precariedad de las condiciones de vida humanas se ha vuelto una situación global, que toma diversas manifestaciones. Todas unidas por la sensación de que nos han robado el futuro y han hecho invivible el presente.

Tener un destino trocado por las circunstancias es algo más viejo que el hombre. Se remonta quizás a la primera célula que hirió a otra y la dejó inválida de por vida. Pero fuimos nosotros los que depuramos el sin-destino al aderezar esa crueldad esencial a la vida con una de las especialidades humanas: la injusticia. Y en medio de la última crisis económica global, cuando se despejan los espejismos financieros, descubrimos que nunca antes nos habíamos lucido tanto en este propósito como con la invención de la última transformación del capitalismo, ese sistema económico que hoy lo abarca casi todo y que conocemos como neoliberalismo, doctrina que a grandes rasgos podría explicarse como dejar hacer a los grandes capitales básicamente lo que se les antoje, sin ningún tipo de control

social, gracias a que el Estado se ha entregado a los intereses de los grupos especiales. En Latinoamérica oímos tanto del neoliberalismo que parece una canción rayada en su papel de gran chivo expiatorio: se le acusa de cualquier cosa, hasta volverlo al final un remedo del Coco, con lo que se pierde de vista que es un sistema real. Y que es terrible: en esencia, un sistema que en nombre de la libertad de algunos individuos profundiza el esclavismo colectivo.

¿Qué es lo que une hoy al 99% de los seres humanos sobre la Tierra? Quizás antes que cualquier otra cosa, la precariedad... Precariedad de empleo, de salud, de la psique, de la familia misma. Algo que la última crisis económica global ha puesto de manifiesto como nunca antes. Los habitantes de los países desarrollados despiertan a una realidad en la que vivíamos desde hace mucho los nacidos en el Tercer Mundo y, ahora que las migajas que caen de la mesa escasean, descubren que el sistema político-económico no es justo. Porque la crisis no es para todos y menos aún para los que la provocaron a conciencia: sigue habiendo grandes manjares servidos, las fortunas personales alcanzan hoy las decenas de miles de millones de dólares, las corporaciones mayores tienen

Impresión: Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia
Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia
Tél.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12
revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web:
www.udea.edu.co/revistaudea
Versión digital
www.latam-studies.com
<http://oceanodigital.oceano.com/>
Publicación indexada en: MLA,
Ulrich's, CLASE
Canje: Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co
Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

más dinero que algunos países con millones de habitantes, y casi todos ellos pagan un porcentaje de impuestos reales que es menor al del ciudadano común. Como la reina María Antonieta y sus invitados antes de conocer al barbero, piensan que realmente se merecen el pastel, e incluso algunos opinan sin duda que de todas maneras los paladares menos refinados no apreciarían nada que estuviera por encima del pan básico.

Hoy las multitudes protestan en distintas partes del mundo. Según su origen, se enfrentan a distintos enemigos: los partidos corruptos, los dictadores, los funcionarios ineptos, las aseguradoras, los banqueros, etc. Todos son sin duda cómplices en el crimen contra el bienestar colectivo, por lo que deben ser llevados a juicio; pero si la meta es la misma para todos los que protestan —tener un futuro— es preciso ver más allá de la cortina y descubrir que con siete mil millones de seres humanos sobre el planeta es ya muy tarde para limitarse a cambiar el decorado. Sólo con una transformación profunda del sistema, que toque las raíces mismas de la economía y de la noción de democracia misma —algo que implica crear métodos de transformación nunca implementados—, se conseguirá una solución real, algo que no sea otro placebo más.

Una cosa es segura: el sistema no va cambiar por sí mismo. Si no lo queremos más, habrá que forzarlo a hacerlo. ¿Es posible cambiar el mundo?... Quizá sí, quizá no, ¿pero qué tiene el 99% por perder?

agarlon@hotmail.com



Estultífera urbe

Claudia Ivonne Giraldo Gómez

*... Hacia el otro mundo es adonde
parte el loco en su loca barquilla;
es del otro mundo de donde
viene cuando desembarca...*

Michel Foucault

Las ciudades son complejos mecanismos, de inclusión, dirán los candidatos a alcaldes o los burgomaestres ya elegidos. De exclusión, dirá la vieja esfinge que se oculta en las alturas de las montañas para echar, de vez en cuando, una desconsolada mirada a este valle. La ciudad homogeniza, tiraniza, dice por dónde hay que cruzar la vía, por dónde se entra o se sale de ella. La ciudad limita, cada día crece su propósito estratificador. La ciudad es un enorme proyecto panóptico y un parque de variedades. Los planeadores urbanos son nuestra voz que nos dice cómo somos. Las ciudades son nuestros espejos.

A un proyecto o anhelo ordenador que viene como de las alturas, aunque se le llame concertado y que obedece como cualquiera sabe a los intereses de los poderosos, se opone el caos. Uno que es orgánico y que pese a todo, a todo límite, crea sus propios márgenes, sus reglas singulares, es la arandela descompuesta que funciona a su propio ritmo. Para él trabajan los funcionarios. Al sueño del progreso y del orden perpetuo se opone la ciudadanía que se arma con la protesta o con palos y hasta con escobas. A veces, una colectividad hace sonar las ollas y, a golpes de latón, derroca un gobierno. Pero otras veces es una amenaza que, como plusvalía, el remanente espumoso y fétido del orden, irrumpe alevé en una escuela pública para dejar en el sue-

lo los cadáveres de quienes antes repasaban quedamente la lección; o se lleva al cielo a miles de adeptos de un santón que prometía la abducción como meta y el veneno como vehículo liberador.

En cada esquina nos asaltan, esos, que no son como nosotros, los molestos, los errantes colonos de los semáforos. Los pobres y los desterrados de los que definitivamente no es este reino. La ciudad se aleja de ellos como una madre avergonzada de sus hijos feos, malformados. Casi siempre hieden. Y los deja a su suerte. Y corre de otros, excluidos de los parias, quienes, tal vez sucesores de hambres legendarias, de vidas duras desde siempre, enloquecen. Es decir, no se adaptan, no se medican, no cumplen, no entienden, no aceptan recluirse, insensatos, consumen y se consumen. Están inquietos, cruzan las calles alocadamente, con la esperanza de la otra orilla de la vía o de la definitiva orilla.

Deambulan por la ciudad, a veces aparecen como de la nada y recorren una red de viaductos que solo ellos conocen, porque la leen debajo de esta otra red urbana, pensada y planeada desde los escritorios. La suya es una cartografía diferente y plena de significados, de señales, de avisos, de mensajes escritos solo para ellos. Dicen sus delirios, conversan con el aire, sostienen largas peroratas. Y buscan el agua, el paso del río. Al calor de las hogueras alucinan, se adormecen. Y tal vez esperan la llegada de El Narrenschiff o nave de los locos, añoran la partida. Tal vez por eso buscan las orillas canalizadas del río. Parecen estar siempre esperando la sirena que les avise que ha llegado la nave y que tal vez ahora sí comience el viaje.

Pero como la nave no llega, han convertido la ciudad en un enorme trasatlántico de cemento, latas y asfalto. Deambular, como navegar, se les asemeja al destino, es su destino. Como si deambular —navegar— los librara de otro destino acorralado por vías, horarios, restricciones, impuestos, imposiciones, familia, relaciones. Deambulan, navegan y no funcionan como la gran maquinaria exige. Libres a su modo están siempre de viaje, protegidos de la incertidumbre, su día es-puede ser el postrero, el último viaje. Nuestras miradas asustadas, compasivas, asqueadas, no logran comprender la dimensión de su travesía. *Stultitiae regnum.*

La ciudad ya no ríe de sus locos. Ya nadie los persigue para gritarles el insulto soez. No hay ya una “Muñeca Moderna” ni

un “Guineo” que puedan ponerlo todo de cabeza o al que se le abran las puertas misericordiosas de las casas o de las iglesias. Estos locos de hoy son amenazas, signos de lo que no logramos sistematizar, integrar. Nos recuerdan algo, pero no sabemos qué, algo que se parece a una vergüenza y a un remordimiento..., pero también algo que está dentro de nosotros, una terrible inquietud y un pánico que sabe que todos, ellos y nosotros, estamos de viaje sobre nuestra propia Renania y que para ello solo hay que aceptarlo, descreer de las certezas, soltarse e interpretar los signos de algo que se construye y se de-construye día a día, como el polvo y la tierra.

claudiaivonne09@gmail.com



Bilocación

Paloma Pérez Sastre

El otro tampoco habrá ido.

Jorge Luis Borges

En estos días, leyendo la novela de Gloria Posada R., *No hubo cielo*, en la que una monja de clausura describe el torno al que fue destinada, recordé mi primera experiencia en un zaguán silencioso, frente a un torno que, al girar movido por una mano misteriosa, traía yemas confitadas, vino y delicias pasteleras. Fue en Soria, la tierra de mi bisabuela.

Yo tenía doce años, y con seguridad hacía frío, porque en Soria hiela hasta en verano. Era la topografía suave pintada por Sorolla en pedacitos de color pajizo, azul, marrón y verde que asocio con alguna acuarela de nuestro Cano,



Historia de un escritorio

Ignacio Piedrahíta

Los escritorios son tan queridos como repudiados. Algunas personas los aman mientras otras los padecen. Para un gerente, nada más importante que un escritorio a su altura, amplio como una mesa de billar, de oscura madera de caoba —suelen tener una superficie blanda para apoyar la pluma y permanecen siempre organizados e impecables—. El funcionario también ama su escritorio, a su manera. Es su pequeña parcela y de ahí nadie lo mueve, salvo un cambio de gobierno. Y separarse de él es comparable a quedar huérfano de padre y madre.

Hay otro tipo de personas, por lo general de espíritu libre y cuerpo flexible, que aborrece los escritorios. Si son de mucha estatura, éstos les producen dolor de espalda, y si son bajitos, de rodillas. Para ellos, sentarse en un escritorio es sinónimo de pesadilla: no se pueden concentrar, se les escapan las ideas; prefieren el suelo o la cama para escribir o dibujar. Otras personas, oficinistas en general, simplemente se aguantan los escritorios porque no tienen alternativa. Los más sensatos hacen lo posible por hallar cómoda su lisa superficie, y se apoyan moralmente en las fotos de la familia bajo el vidrio que la recubre. Cuando se dan un golpe en la rodilla contra una punta, los maldicen, pero después se contentan, porque saben que el escritorio es su segunda casa.

Yo, lo confieso, soy de los que usan escritorio por voluntad propia. Si me pongo a escribir en la cama siento que terminaré por dormirme, y en el suelo se me entumecen las articulacio-

nes y se me duermen los pies. Siempre he escrito y hecho mis cosas sobre algo similar a un escritorio. De pequeño tuve uno tipo pupitre, de los que se les levanta la tapa, y luego uno de madera de teca, muy bonito, con tres cajones. Una vez fuera de la casa de mis padres, tuve numerosos escritorios. Cambié repetidamente de vivienda y en cada lugar tuve uno diferente; a veces fue una simple mesa, otra una puerta sobre dos caballetes, otra un incómodo escritorio metálico de almacenista. Pero, sin duda, el más especial que he tenido fue uno del que me apropié sin ningún recato.

La historia es la siguiente. Una de mis frecuentes mudanzas coincidió con el cierre de una escuela de cine, donde me había matriculado para estudiar las bases del guión cinematográfico. Y entre los muebles de la enorme casa de Laureles donde se impartían las clases, estaba mi escritorio soñado: grande, como de notario de pueblo, con cajones a lado y lado y, aun así, amplio en el centro para meter las piernas. Estaba ya medio traqueado, es cierto. Tenía un trabajo de comején en una esquina y la superficie estaba un poco ahuecada, de modo que un lápiz que uno dejara en cualquier punto salía rodando para el centro. Pero me encantaba.

Ya cerca de la finalización de los cursos, nos dieron la noticia de que cerrarían la escuela. Mala noticia para todos, menos para mí, pues averigüé que los muebles iban a ser devueltos a sus dueños, quienes los habían prestado para el proyecto. Pregunté por la procedencia del escritorio de mis anhelos y me enteré de que le pertenecía,

nada más ni nada menos, que a Víctor Gaviria. Me han presentado muchas veces a Víctor, pero estoy seguro —como lo estaba en esos días de finales del 2003—, de que él siempre me da la mano sin acordarse de mí. Orgulloso de mi anonimato y consciente del desorden de nuestro afamado director de cine, me llevé su escritorio a casa la víspera del trasteo.

Conservé el escritorio durante cinco años y en él escribí muchas líneas. Todos los días le pasaba un trapo húmedo, del que quedaban hilachas pegadas en la madera despicada. Me gustaba lo aparatoso que era, su solidez, el tiempo que tenía encima y las historias que debía de haber escuchado. Me llamaba la atención un pequeño cajón cerrado con llave, que nunca abrí, y un teléfono escrito con una navaja y reteñido con lapicero, que observé durante ese lustro preguntándome quién sería Alexandra.

Nunca me atreví a marcar, hasta un día en que vino otra mudanza y me vi obligado a salir del escritorio: no cabía en el nuevo apartamento ni en la cabeza de mi esposa. Era necesario regalarlo, porque ya nadie compraría algo tan grande y viejo. La víspera, mientras esperaba a que el nuevo dueño fuera a reclamarlo, con el apartamento para entregar ya vacío y sólo la línea telefónica funcionando, levanté el aparato, marqué y pregunté por Alexandra.

Me la pasaron. Ante su perplejidad —y la mía—, le conté el porqué de mi llamada. Me pareció una muchacha simpática y le pedí que nos viéramos. Me invitó a pasar por su trabajo, en una de las pequeñas cantinas que funcionan en un extremo

de la plaza Minorista. Era una muchacha joven, blanca, gordita, nalgona y de senos pequeños. Al son de una cerveza fría me contó que ella había ido al *casting* de *La vendedora de rosas* a acompañar a una amiga, y que aprovechando que estaba allí, le hicieron también una prueba. Al parecer, el encargado no había tenido dónde más anotar sus datos que sobre la superficie del escritorio. Le conté a Alexandra algunas cosas de mi vida. Ella también me hizo un resumen de la suya: un matrimonio, un hijo y un marido muerto por rencillas entre delincuentes. Bebimos otra cerveza y el escritorio pasó a segundo plano. Al final, nos despedimos muy amigos, con la promesa de volvernos a ver. No sé qué habrá sido de ella desde entonces, ni en manos de quién estará el escritorio. Algunos me preguntan por qué no se lo devolví a Víctor Gaviria, pero la verdad es que nunca lo consideré. Siempre que paso por una mueblería de viejo echo un vistazo. Si Víctor me lo cobra después de leer esto, como uno parecido, una copia, pero el mío, el que tanto quise, nunca estará de nuevo en sus manos.

agromena@gmail.com



Idea recurrente

Luis Fernando Mejía Vélez

Deambula de tiempo en tiempo, saltando entre los diversos círculos académicos, un artefacto conceptual que paulatinamente gana prestigio sin que nadie lo aterrice. Así, crecen las voces que aspiran a una universidad pública constituida por estudiantes de todos los estratos

sociales, como ocurrió en alguna época. Se dice que la universidad debe ser policlasista, pero, sobre lo mismo, no se dice nada de las guarderías, ni de las escuelas o colegios o de instituciones del Estado, como el SENA.

Lógicamente, si se pretenden alcanzar la meta de contar con instituciones de educación superior surtidas con todas las clases sociales, se debería iniciar una reflexión sobre cómo hacer lo mismo desde prejardín, donde resulta mucho más fácil integrar criaturas famélicas con gorditos saludables, niños dedicados a ser niños, sin la barrera de sus diferencias. Con los niños no hay problemas, las dificultades comienzan con los padres de los rollizos, quienes no van a permitir que sus hijos desde temprana edad conozcan, aunque sea en cuerpo ajeno, las desventuras de la pobreza o la miseria. Es una fuerte experiencia existencial muy prematura, se piensa.

Si el prejardín no es policlasista, y a nadie se le ha ocurrido que lo sea, es explicable que lo mismo ocurra en los demás ciclos de la enseñanza. Hace rato los sectores más pudientes han venido diseñando cuidadosa y férreamente sus propios espacios de socialización y de distanciamiento frente a los menos favorecidos. Antes todo el mundo iba al centro de la ciudad a realizar sus compras y a mirar a los demás. Ahora este espacio se ha dejado a los más pobres, y la elite ha construido sus propios centros comerciales. Hubo un momento cuando en los barrios de las clases con más poder económico se colaban algunas familias de estratos medios y populares (había hasta pobres vergonzantes). Esto ya es impensable con la existencia de unidades resi-

denciales cerradas e integradas por personas con el mismo nivel de vida: no hay pobres en el piso segundo y ricos en los demás pisos. Y por supuesto, el servicio militar obligatorio siempre ha sido prestado exclusivamente por los hijos de los campesinos y de los obreros, acompañados del infaltable orgullo patrio.

Hablar de policlasismo en las universidades es simplemente acudir a un sueño democrático ajeno a las pesadillas de las verdades diarias o crear el cuento infantil de que los niños nacen y crecen libres e iguales. Entre nosotros, la mayoría se cría dando tumbos, sin que nunca falte la escasez, y algunos, muy pocos, entre la incertidumbre y la resignación logran llegar a la universidad pública, abandonada o despreciada, hace bastante tiempo, por los hijos de la clase dirigente del país. Éstos, desde hace dos o tres décadas, se cultivan en universidades nacionales o extranjeras, confeccionadas a su medida, sin el peligro de las contaminaciones populares, y provistas de cierto glamur.

La santa idea de integrar a los ricos con los pobres al final de la educación formal, cuando nunca interactuaron entre sí en los procesos básicos de enseñanza, es una bandera despistada e irrealizable mientras en la áspera vida cotidiana exista segregación social, cada vez menos disimulada. Los muchachos de las clases altas se relacionan con las clases pobres cuando, a gritos, les dan órdenes a la trabajadora doméstica, al portero del edificio donde habitan o al conductor del bus escolar, siempre desde el plano de la desigualdad, de arriba hacia abajo, nunca como si fueran seres humanos iguales; aunque algunos maestros o padres de

familia, con una pizca de ética y media taza de cortesía, intentan inculcar valores de respeto para con todas las personas, independiente de su condición social, racial o sexual.

La televisión y el cine, principalmente, han servido para que los ricos vean en las pantallas a los pobres y viceversa, sin rozarse, sin riesgo de que un grupo afecte al otro. Por lo demás, cada grupo mira la película lejos del otro, en unos incubando lógicas envidias y en los otros naturales compadecimientos, pero sin pasar de estos modestos sentimientos. Todos se van convenciendo de que el mundo y su mundo son así, y que nada ni nadie los puede cambiar. No parece ser el mejor tiempo para revoluciones auténticas, ni para el surgimiento de héroes o mártires. Toda causa justa es arrollada por las corrientes del desprestigio.

Los que anhelan el policlasismo en los recintos universitarios

son víctimas, para el caso, de una mente anómala que se ha quedado añorando un resquicio democrático en el asfixiante universo de las exclusiones y las discriminaciones. Sin embargo, no todo está perdido, todavía se encuentran libros sobre la igualdad humana en un futuro más o menos cercano, siempre y cuando se cultive la paciencia y el amor platónico con toda la humanidad. Han sido calificados por algunos aguafiestas como pensamientos utópicos, pero en verdad sirven para soñar y no perder la cabeza con ideas tristes extraídas de la realidad. Son textos de autoayuda colectiva, placebos, que alivian por días, sin que desaparezca la enfermedad. No es casual, entonces, que sean los libros más vendidos.

lfmejia@udea.edu.co



Voces literarias

Luis Fernando Afanador

“Jim Gant era un vendedor de ganado”. Quizá este no es el mejor comienzo de un cuento que haya leído pero recuerdo todavía cuánto me impresionó. Tenía dieciséis años, empezaba a acercarme al mundo literario, y Humberto Villa, que fungía como mi maestro y era tan directo como “un vendedor de ganado”, me dijo: “lea esto para que aprenda”. Y me entregó el cuento “Miss Zilphia Gant”, de Faulkner, que empezaba con esa frase. Directa, contundente, sin una pizca de afectación. Entonces la literatura también podía escribirse de esa manera, con esas frases iguales a como la gente hablaba en la vida real. Tremenda revelación. Y, sobre todo, alentadora: era un mundo posible, al que yo podía pertenecer. “Entre la última cucharada de arroz con leche —poca canela



Arturo Bolaños y Alejandra Delgado

una lástima—”. Es el comienzo de *Bestiario*, de Julio Cortázar, que fue mi segunda revelación. Definitivamente ese tono menor era mi tono. La voz que yo buscaba. Muy rápido resolví el dilema: entre un lenguaje elevado y un lenguaje coloquial, había que escoger el lenguaje coloquial.

“¡Pobres muchachas!, pobres / muchachas tan inútiles y castas, / que hacen decir al Diablo, / con los brazos en cruz: ¡Pobres muchachas!...”, dice El Tuerto López. Y un personaje de Mario Rivero, en *Tango para Irma la dulce*: “Soy una mujer cansada”. Otro gran descubrimiento: en un poema se podía citar un diálogo común y corriente y no pasaba nada. O pasaba todo: el milagro de la literatura. “Hoy tengo ganas de encontrarte en la calle”, dice X-504 en *Deseo*. Qué discreta y qué sencilla esa primera persona que simplemente quiere conversar con alguien en la intimidad. A pesar de que mi memoria ya no es tan fiel, empiezan a llegarme miles de citas con ese tipo de frases. Como para llenar un libro. Me emociono. Podría seguir y seguir “las horas y las horas”. Pero, si me lo permiten, sólo agregaría esta joya de William Carlos Williams:

Justo es decirlo

Me comí
las ciruelas
que había
en la nevera
y que
probablemente tú
reservabas
para desayunar
Perdóname
estaban deliciosas
tan dulces
y tan frías

No es fácil optar por la sencillez en un idioma tan propenso a cantar en voz alta y al barroquismo. “Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo”. Admiro a Rubén Darío, pero no, definitivamente ese tono no va conmigo. Casi que hay que buscar en otras tradiciones literarias. El coloquialismo parece una excepción. Aurelio Arturo tiene otro tono —“ese vuelo de palabras / es la poesía / puede ser la poesía”— distinto al de sus contemporáneos de Piedra y Cielo porque su influencia no viene, como la de ellos, de Juan Ramón Jiménez —“juanramonetes de hojalata” los llamó León de Greiff— sino de T.S. Eliot: “He medido mi vida con cucharitas de café”. Alguna vez, hablando con el novelista español Antonio Muñoz Molina, me confesaba que para conquistar un lenguaje sencillo y transparente tuvo que huir de la tradición española y refugiarse en la anglosajona. O en cierta latinoamericana: Bioy Casares, Cortázar. Por cierto, este último dijo una frase que no olvido: “leo

a los novelistas españoles sólo en caso de insomnio”. Y también dijo que dejáramos la solemnidad a la hora de escribir, que escribiéramos de la misma manera en que hablábamos cotidianamente.

En *La metamorfosis de la lectura*, Román Gubern dice: “La sustancia estética de la literatura es la palabra, el lenguaje verbal”. Por eso no tendrá problemas en transmutar del soporte del libro impreso al libro digital si es que hemos de terminar en ese formato. Para conquistar una voz propia sólo hay que pulir un poco las palabras de todos los días. Allí está toda la belleza y toda la poesía. Una mujer campesina, desplazada por la violencia del sur de Tolima hacia Los Llanos (Alfredo Molano, *Así somos*) pierde allí a su compañero a causa de la otra violencia de la coca. Queda devastada, sin esperanzas, sin ganas de luchar. Hasta que de repente se queda mirando a su pequeño hijo que le hace “un cambio de luces” y entiende que “el adelante no se había acabado”.



Lukas Hoffmann

Si adquirimos una voz propia dejando fluir la que hay en nosotros mismos, ¿cómo capturar la de otros? La lógica diría que simplemente escuchando con atención. En principio sí, pero no es tan sencillo. Una cosa es decirlo y otra hacerlo. Una cosa es ser poeta y otra novelista. El poeta está atrapado en su propia voz, “en el pedaleo monótono de la primera persona”. Si llega a escribir novelas, son de “Cartas cruzadas”. No pueden fingir que son otros. Y eso es la novela: fingir que uno es otro, con otra historia, otra voz, otra vida. El poeta se desnuda en el poema: hace un *striptease* en público. Por eso no es fácil ser poeta. El novelista hace lo contrario: un *striptease* al revés. Se cubre en vez de desnudarse. Se disfraza con la piel de otro sin dejar de ser él mismo. Finge verdaderamente. Por eso es tan difícil ser novelista. Así son los géneros. Esa es la regla. Y como toda regla, tiene su excepción. Solo ha habido un poeta-fingidor, un poeta novelista capaz de desdoblarse e interpretar varias voces. Fernando Pessoa, el poeta polifónico:

O poeta é um fingidor
 O poeta é um fingidor.
 Finge tão completamente
 Que chega a fingir que é dor
 A dor que deveras sente.

lfafanador@etb.net.co



Génesis, de Robert Crumb Álvaro Vélez

Uno de los autores más importantes del cómic mundial es, sin lugar a dudas, Robert Crumb (Estados Unidos,

1943), quien desde 1960 ha sido referente obligado de la narración dibujada. Precisamente, es en los agitados, rocanroleros y lisérgicos sesenta cuando Crumb empieza a desarrollar su fascinante carrera. Primero, y como un paradójico comienzo, iniciará su periplo creador haciendo dibujos para la *American Greetings Card Company*. Sin embargo, sus trasgresoras historietas lo llevarán rápidamente a los dominios de Harvey Kurtzman, editor de revistas contraculturales como *Help*. Ya en la segunda mitad de la década de los sesenta, y gracias a la amplia acogida que alcanzaron sus fanzines *underground*, Crumb se traslada a San Francisco, la tierra prometida de la sicodelia y el hipismo.

A finales de los sesenta Crumb empieza a publicar su famoso y legendario fanzine *Zap Comix*, y a partir de ahí se irá convirtiendo en la cabeza más visible del movimiento del cómic *underground* norteamericano —en donde también figuran grandes autores como Spain Rodríguez, Víctor Moscoso, Robert Williams y Gilbert Shelton—. Durante este periodo Crumb crea algunos de sus personajes más conocidos: Mr. Natural, un viejo gurú del hipismo que engaña a incautas jovencitas en busca de un poco de sexo libre, y el gato Fritz, un vagabundo y buscavidas que también quiere pillar algo de diversión en medio del movimiento *flower power*. Pero a pesar de que Robert Crumb se codea con lo más granado de la sicodelia y el hipismo de San Francisco, sus historietas logran posicionarse más allá de los años del LSD. A partir de la década de los setenta experimenta con cómics mucho más cáusticos, que no sólo cuestionan el modo de

vida americano sino que también entran en terrenos un poco más delicados, ganándose incluso el apelativo de pornografía y generando el odio de grupos antisegregacionistas y de defensa de género. Sin embargo, lo que trata de demostrar Crumb con sus historietas un poco pasadas de límite es la hipocresía de la sociedad norteamericana, además de revelar pasajes oscuros de su propia existencia: manía, complejos y obsesiones, como en el caso de las historietas autobiográficas.

Robert Crumb ha sido siempre un autor fuera de los márgenes de lo convencional. Es quizá uno de los pocos creadores que no se ha dejado “comprar” por el sistema, y tal vez de ahí parta también su éxito, al mantener una postura siempre coherente con sus convicciones, con lo que plasma en sus historietas. Crumb odia la música moderna, pues piensa que sus creadores se han arrodillado por completo al proceso de oferta y demanda del mercado. Prefiere las viejas tonadas del *blues* y del *ragtime* de principios del siglo xx: a esos músicos, que para él son verdaderamente auténticos, les ha dedicado incontables historietas que hablan sobre sus vidas y su obra. Se trata entonces de un dibujante, un artista, que ve la vida desde otro punto de vista, desde otra esquina, por eso puede parecer extraño que ahora, en el ocaso de su vida, haya creado una obra a partir del primer libro de la Biblia, el *Génesis*.

A primera vista parece extraño, pero tal vez no sea así, pues uno de los grandes temas de la obra de Crumb es la religión, o, mejor dicho, la manera como la sociedad norteamericana ha asimilado las formas religiosas, en particular el cristianismo. El

puritanismo, el miedo al infierno, la preservación de las formas o la concepción del pecado son algunos temas que Crumb ha dibujado y enviado a sus lectores como una bofetada directa por su hipocresía y doble moral. Así que no es sorprendente que ahora le interese meterse de lleno con el libro sagrado y, en especial, con el relato que da inicio a tal libro.

Lo que hace Robert Crumb en su *Genesis* (Ediciones La cúpula, Barcelona, 2009, para la edición en español) es copiar al dedillo las Sagradas Escrituras, en un libro que más parece un trabajo de ilustración que de historietas. Sin embargo, el libro es una sola historieta, sólo que se trata de una narración dibujada en donde el autor ha dejado intactos el argumento y el guión originales. Ahora, lo interesante del *Genesis* de Crumb es precisamente la interpretación gráfica que el autor hace de la Sagrada Escritura, y en esto el maestro del cómic *underground* está a la altura. Décadas de trabajo han hecho del dibujo de Crumb una obra maestra en sí, pues el uso de su pluma es excepcional (quizá sólo pueda compararse, en este caso específico del *Genesis*, con la obra del dibujante de los años cuarenta, Basil Wolverton, quien dibujó e ilustró pasajes del *Antiguo Testamento* y del *Libro de las Revelaciones*).

El *Genesis* de Crumb es rico en detalles gráficos, pocos como él han podido narrar, en forma de cómic, esas legendarias historias del primer libro de la Biblia: la creación, Adán y Eva y su expulsión del paraíso, el Arca de Noé, la destrucción de Sodoma y Gomorra, los aciertos

y desaciertos de Abraham, o la historia de José y su fantástico don de interpretación de los sueños. La violencia, la envidia, la soberbia, la sangre derramada, la lujuria, el perdón, la caridad, la piedad, el incesto, los milagros, la destrucción, todo está dibujado con lujo de detalles y Crumb ha quedado, acaso, como un escribano más, un instrumento de un dios que, dicen, dictó el libro sagrado a los mortales. Tal vez sea así, o puede ser al contrario, que Crumb nos esté mostrando con otra cara lo que siempre ha dicho con su rebelde pluma, que desde la escritura de dios también hay trasgresión.

Ya sea que Robert Crumb, en sus últimos años de vida, haya decidido crear a partir de algo que ha criticado siempre, o que simplemente use la Sagrada Escritura para reafirmarse en sus posturas, lo cierto es que su interpretación, en cómic, del *Genesis*, es muy significativa. Tanto que uno podría atreverse a decir, con peligro de ser acusado de blasfemia, que dios creó el mundo, dictó el libro acerca de su creación a los mortales y, finalmente, Robert Crumb lo dibujó, y así terminó la obra.

truchafrita@hotmail.com



Los casetes y la piratería íntima

Jacobo Cardona Echeverri

Con la muerte de Steve Jobs, los apocalípticos moderados recitaron de nuevo el repertorio de acusaciones contra el presumible responsable de

la trivialización de la música al incentivar con sus aparatos la acumulación y el consumo de canciones sueltas, ajenas al conjunto conceptual del álbum. En realidad, la experiencia estética del uso heterodoxo y personal de la música ya se había logrado con anterioridad gracias a los casetes. El artefacto era práctico, cabía en el bolsillo trasero del pantalón, poseía una simetría tan perfecta como la de las tijeras y era de una diversidad surreal, precozmente posmoderna: casete original, virgen y pirata. Nada que ver con ese trasto circular escuchado por los papás que, de paso, se rayaba, y que en sus orígenes ofrecía a lo sumo un par de canciones, perfilando la tradición del *single*. El casete, a diferencia del vinilo, si mucho se enredaba y, además, ofrecía la posibilidad inaudita, casi mágica, de la reproducción: el inicio de la piratería en la esfera doméstica. Antes de la aparición de los estéreos o equipos de sonido de doble casetera (ese invento que fue a parar, junto al beeper y el cuadro de Jesús que siempre mira para donde uno se mueve, al infierno de los objetos malinterpretados), era posible transferir canciones, según el gusto del productor amateur, con dos grabadoras puestas frente a frente. Fue así como las canciones se llevaron por delante el ruido de fondo de una casa de familia de los ochentas: la hermanita menor jugando parqués con una muñeca, un perro ladrando por la ventana a un *chepito* o la empleada de servicio viendo *Topacio*.

En el mismo sentido, las canciones grabadas de la radio exigían una limpieza en la ejecución centrada no en el azar

o la sonora coyuntura anecdótica, sino en la mente fría y el cálculo racional: lograr esquivar la interferencia con el dial exigía dedos de cirujano y la precisión del Unabomber, había que estar atento, saber escuchar para cortar justo antes de la publicidad o de la molesta intromisión del siempre feliz disc jockey. Eso era artesanía, técnica del sabotaje y la dispersión, nada que ver con el hermetismo o la impenetrabilidad propia del acto de *quemar* o copiar la *música* en un computador. *Datos*, diría la máquina. De igual manera, era necesario inspeccionar, reiteradamente, el grosor de la cinta enrollada en las dos pequeñas rueditas para evaluar si el espacio era suficiente para una canción más, o simplemente calcularlo teniendo en cuenta que el radio inicial de las ruedas sin cinta es $r_0 = 1.11$ cm,

y la velocidad de la cinta cuando pasa por el cabezal es constante e igual a $v = 4.76$ cm/s, por lo que la cinta tardaría un tiempo T en reproducirse completamente. Tal vez la vida sexual de muchos sujetos es lo que es por esa canción de Air Supply que se cortó en la mitad.

En ese pequeño objeto era posible retener las antologías imposibles de la música que daban sentido a la existencia, que la hacían vivible. Aun así, para llegar a una canción era necesario seguir un engorroso procedimiento de adelanto y retroceso, o pasar por sobre todas las canciones y aguardar ansioso el registro melódico que sustentaba un episodio fenomenológico. Las selecciones realizadas te podían orientar en un momento estético preciso: “Música para salir corriendo”, “Canciones para

despreciar a Catalina”, “Banda sonora para atracar un tren o viajar en globo sobre el desierto”. Con el walkman, por primera vez en la historia del hombre occidental, cualquier lugar, un ascensor, un autobús, un salón de clases, una carretera, podrían convertirse en el escenario propicio para una indescriptible epifanía. Cada individuo podía construir su historia con momentos fútiles o prosaicos, pero como en el cine, con la canción correcta de fondo. Y eso nos acercaba más a los momentos inolvidables, lo único que en el futuro nos hace seguir luchando.

Sin las canciones no había otra forma de entender los cambios súbitos de comportamiento, o las miradas de absoluta repulsión del infranqueable género femenino; sin los casetes resguardando las fórmulas secretas



Fabio Pires

de la indiferencia impúdica a la aceptación social era imposible sobrevivir a la soledad temprana del *frak* incorregible, la censura al estoico pendenciero, o el castigo sin argumento del progenitor tirano que no entendía el espíritu de la época. Si querías obtener una canción determinada, una rareza, un espécimen sónico no radiable, tenías que esperar, buscar, suplicar, rebajar-te, establecer confianzas, construir alianzas, o confiar que tus primos de La Florida o Buenos Aires se acordaran de ti en la próxima visita. Las canciones, en esa época, podían ser escasas. Y tenías que tener contacto con gente real para conseguirlas.

Con el casete original se aprendió a amar el compilado producido por el artista: el orden exacto de las canciones, las letras impresas, la carátula y los agradecimientos. Eran pequeñas obras de arte con un secreto que nunca podía rebelarse, que iba más allá de la suma de las partes, y aunque para muchos se volvieron un sacrilegio las selecciones personales, las canciones sueltas, las mezclas contradictorias, ofensivas al concepto original de cada tema, la pieza que no debía extraerse de su matriz original, el álbum, muchos siguieron haciendo de la piratería íntima, la compilación personal, un mapa de la emocionalidad sonora.

Con el CD las cosas no cambiaron tanto. Las canciones llegaban a tiempo, justo cuando más las necesitábamos, el orden era inamovible, el concepto musical primaba, el sonido auguraba la entonación ectoplasmática exigida por los tiempos absurdos de la pureza y la fidelidad acústica. Desaparecieron el lado A y el lado B, y las desenredadas de la cinta con lapicero.

Finalmente el objeto se esfumó: la música no era hallada en los cajones, ni en los estantes. No podía tocarse, fue encapsulada en memorias insípidas que transmitían los *datos* sin cables, todo se hizo añicos: el orden de los temas, el concepto de álbum como frontera inamovible, los dibujitos de las carátulas que alimentaban el imaginario icónico del *rock and roll*. Cualquier canción puede conseguirse ahora en Internet, la aventura cesó en las frías corrientes de los *bytes* y la interconexión virulenta de la comunidad global, en los *ring tones* que prostituyeron las canciones que en otro tiempo podían ser consideradas parte de una leyenda. Pero una costumbre

perduraba y se renovaba, con Internet o en el Ipod, redescubriendo así el concepto original de las mezclas primigenias pero con orden aleatorio. Cada instante, cada momento, puede ser encendido por una imprevista melodía que nos lanza a la tarde que la conocimos, a la vez que nos sentimos derrotados. No hay programación sonora del futuro, pero el reproductor continúa encalambrando el alma. Steve Jobs lo sabía. Definitivamente, en el fondo de algunas canciones suceden cosas que no pueden explicarse.

jcardona.echeverri@gmail.com

